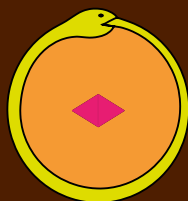


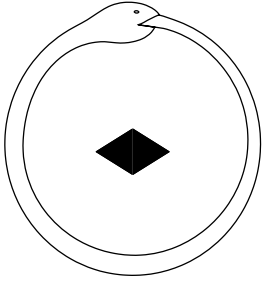
PIES EN LA TIERRA
Veronica Pinheiro



cuadernos
SELVAGEM







PIES EN LA TIERRA

Veronica Pinheiro

Pido permiso para llegar, bendición a mis mayores y a mis más jóvenes. Agradezco a la ancestralidad por permitirme honrar el suelo sagrado. En tierras **Kalunga**, mi cuerpo hembra se desplaza con casa y provisiones a la espalda. **Kalunga**, yo¹. También soy tierra poblada. Por el camino, me reconozco en el barro rojo que cubre las hojas de los árboles en la carretera. Soy barro. Me reconozco en los árboles. Soy semillas de baobab. Me reconozco en el camino, confío en el camino. Con los pies en el suelo y el corazón sonriendo, camino cantando. A diferencia de la niña con caperuza roja inmortalizada por los hermanos Grimm, por el camino nunca estoy sola.

1. **Kalunga** significa «lugar sagrado de protección» y es el nombre del territorio quilombola más grande de Brasil. (N. de la T.)

Acérquese

Este informe podría ser un diario a bordo de una profesora viajera, que escogió pasar las vacaciones escolares en una caravana, recorriendo siete mil kilómetros y conversando por el camino con niñas sobre la escuela y la vida de las infancias en la escuela. Podría ser el eco de una memoria reciente o el registro de la añoranza que me habita. Aún así, las líneas que siguen son una invitación. Te invito a andar descalza y a balancearte alrededor de la hoguera. Intenta no ceder a la tentación de buscar un significado o la finalidad a esa invitación; la consciencia occidental del observador nos empuja a la interpretación especulativa de los fenómenos. Intenta apenas caminar y balancearte conmigo.

Me llamo Veronica Pinheiro, profesora. He aprendido a resumir muchas cosas en la vida, mi nombre es un buen ejemplo de ello. Tengo un nombre propio, polisílabo, proparoxítono, sin acento por desconocimiento de mi padre. De todas las cosas que he hecho y otras muchas que los certificados dicen que sé hacer, lo que me gusta es ser profesora.

Fue enseñando, a veces en las escuelas, a veces fuera de ellas, la vida pareció cobrar sentido. El sentido de las cosas me atrae más que las cosas en sí mismas. Cuando digo sentido de las cosas, no me refiero al significado, el diseño o el propósito, sino como me siento respecto a las cosas. Real y figurativo ocupan el mismo espacio en mí. No hay nada que me deje tan conmovida como escuchar la señal de que la clase acabó. Recordemos: el mismo sonido de la señal de la escuela es el sonido que se toca en las fábricas y cárceles. Los códigos que mantienen a los sujetos subordinados no cambian.

En los últimos cinco años, desempeñé funciones administrativas en unidades educativas de la Secretaría Municipal de Educación de Río de Janeiro. Para atender a una exigencia de la vida, solicité una licencia de mis funciones y, ya con la licencia concedida, pude transitar por otros caminos. Por descuido o por inmadurez, repetiré muchas veces algunas palabras. Se trata del proceso: todo aún se va delineando a medida que camino por nuevas rutas.

Aun habiendo solicitado el alejamiento de mis funciones como funcionaria municipal, por las formalidades administrativas fui reconducida al aula para esperar la concesión de la licencia. ¡Vaya vida! Volver al aula justamente en el momento en que soy invitada a pensar sobre prácticas educativas. Pensar sobre niñeces³ y escuelas es lo que hago todos los

2. Quilombo significa «lugar de descanso y campamento», una palabra que se originó en el idioma quimbundo de Angola. Los quilombos son un símbolo de resistencia a la esclavitud. Las llamadas comunidades quilombolas todavía existen hoy en día, compuestas principalmente por los descendientes de personas esclavizadas que escaparon; se consideran comunidades tradicionales brasileñas. (N. de la T.)

3. En esta traducción se utiliza el término «niñeces» como forma inclusiva para referirse a las experiencias y presencias infantiles, evitando el uso genérico del masculino. (N. de la T.)

días desde que el Ciclo Selvagem de Estudios sobre la Vida me invitó a coordinar el Grupo Infancias. En vísperas del receso del equipo de coordinación de la Comunidad Selvagem, necesité regresar al aula para “dar clases”. No había vacante en mi escuela de origen, así que fui destinada a una escuela que necesitaba profesorado de Lengua Portuguesa.

La escuela estaba ubicada en una de las trece favelas que componen el complejo de *Chapadão*, en Pavuna, Río de Janeiro.

Semanas antes del regreso las clases, durante el planeamiento de las actividades del Grupo de Infancias Selvagem para 2024, programamos realizar un semestre de encuentros del Grupo de Infancias con alumnado de una escuela en Pavuna. Por entonces, nadie del equipo tenía relación con el territorio. El motivo de la decisión: el río Pavuna desemboca en la Bahía de Guanabara, y las aguas de la Bahía serían el tema de los Encuentros Selvagem durante el primer semestre de 2024. Hasta el momento de la escritura de este texto, pensábamos que ese era el motivo de contar con la escuela Pavuna en nuestra programación.

Llego a la escuela en día festivo: camino por la calle, una calle larga llena de encrucijadas. Camino. No pregunto. Observo. Presto atención. Aprendo lo que puedo. Como *Exu*⁴ en la casa de *Oxalá*⁵, antes de apostarse en la encrucijada. Confío en quien cuida mi camino. Confío en el ciclo.

Como servidora municipal, ejercí las siguientes funciones: profesora, coordinadora pedagógica, directora adjunta y directora escolar. Recorrí muchos caminos y cierro el ciclo con una función inicial: profesora. El ciclo. Mi vida funcional podría ser representada por los ouroboros y sus danzas sagradas de retorno al comienzo. Una carrera circular: comienzo, medio y comienzo. Según la gerencia del personal del ayuntamiento, era esencial que tuviera el puesto de profesora titular para la aprobación de la licencia sin vencimiento. El retorno fue fundamental. El encuentro. Las encrucijadas. Los atravesamientos.

4. *Exu* es un orisha [divinidad], guardián de la comunicación, que forma parte de religiones como el candomblé y la umbanda. Es considerado un fiel protector de las personas que lo veneran y que están agradecidas por su protección. (N. de la T.)

5. *Oxalá* es el creador del universo y también el orisha más poderoso. (N. de la T.)

Junio de 2023: entre el alumnado del séptimo y octavo año que conocí, algunas personas aún no sabían leer. De manera indebida, hay quienes responsabilizan a la infancia por no dominar las habilidades esperadas para cada ciclo escolar. Las personas que lo hacen olvidan que, históricamente, hay un proyecto permanente de borrado de las lenguas tradicionales. En territorio brasileño, somos obligados a llorar, rezar, soñar y vivir en un idioma que no logra expresar lo que los indígenas y afrobrasileños sienten. Por crueldad, en las escuelas de Brasil se enseña la lengua oficial, de manera que no tenemos acceso a nuestras lenguas maternas, ni tampoco tenemos dominio técnico del portugués. La escuela primaria es obligatoria en todo el país. A los 6 años de edad, la infancia es matriculada en el primer año de Primaria.

El alumnado que nunca ha repetido curso durante la educación básica logra completar el recorrido en doce años: nueve en la Educación Primaria y tres en la Educación Secundaria. ¿Cómo es posible que, tras doce años de estudio, personas neurotípicas sean consideradas analfabetas funcionales en nuestro país? ¿Qué tipo de personas pretenden formar nuestras escuelas?

No existe una única respuesta ni un camino lineal que permita resolver las cuestiones del analfabetismo en Brasil. Pero resulta perturbador saber que una persona puede pasar más de una década en la escuela y salir de allí sin aprender a leer, escribir e interpretar. Llamamos a las niñas “infantes”, en latín, “quien no tiene capacidad de hablar”. Una sociedad que considera a una persona incapaz en función del tiempo de vida que tiene necesita revisarse con urgencia.

Al volver al aula, me doy cuenta de que los datos oficiales y la realidad escolar no confluyen. Encontré a muchos alumnos en los últimos años de la Educación Primaria, entre 13 y 16 años, que no sabían leer ni escribir. Como práctica, antes de introducir informaciones y contenidos curriculares, escucho a las niñas, oigo sus historias; respondo a sus curiosidades sobre mí. Intento darles voz. Espero, con ello, que se sientan capaces de hablar. Me pongo a escucharles en una lectura. Por último, pido un chisme por escrito. Secretos que quedan entre ellos y yo. El chisme es un género textual perfecto para conocer el dominio narrativo de un alumno: trama, foco narrativo, personajes, tiempo, es-

pacio; explico todo eso al grupo en otro momento. O quizá ni siquiera haga falta explicarlo: un buen chismoso sabe dominar la estructura. Así construimos nuestro primer vínculo, el mismo vínculo de las comadres que intercambian recetas, comparten saberes y construyen la memoria de un lugar.

Terminé el primer día de clase exhausta de tanto sentir. La garganta resentida de tanto hablar; hablé fuerte, compitiendo con los ruidos de fuera y de dentro del aula. Muchas veces yo misma producía ruido, porque decía cosas que no interesaban a nadie en la sala, que me escuchaba solo por educación. Me vi en ellos: ya tuve ese rostro, ya usé ese uniforme y ya deseé no estar sentada cinco horas en silencio. Alguien me pregunta si yo soy de “poner orden en la clase”; respondo que no estaba allí para eso. ¡Vaya vida! Las niñas esperaban que yo demostrara fuerza, porque así es, casi siempre, como el Estado suele hacerse presente en las periferias. La escuela es, muchas veces, el lugar que reproduce el autoritarismo que domestica cuerpos y dociliza individuos. “El alumnado ideal copia, no anda por el aula, solo habla cuando está autorizado, sabe controlar sus necesidades fisiológicas y responde lo que el profesorado espera.” ¡Vaya vida! Intento explicar que prefiero días atravesados por delicadezas. Que aprendí a pisar suavemente. Les parezco extraña. Probablemente lo sea más de lo que parezco. Eso nunca fue un problema para mí. Antes de salir de la escuela, me sorprende un abrazo. Era Júlia, de 15 años, que me estrechaba entre sus brazos y me pedía que le enseñara a leer. No sé qué me sorprendió más: el abrazo, la petición o los ojos deseosos de la niña.

Vuelvo a casa y llamo a mi amiga Lila. Lloramos por la impotencia que nos toca. Conocemos las fragilidades de la educación pública. Lila y yo siempre lloramos juntas, la alegría y la desesperación son los motivos más recurrentes de nuestras lágrimas. Lila es profesora de Lengua Portuguesa y, al igual que yo, sueña y estudia posibilidades para una enseñanza en la que los alumnos saboreen los saberes, sin que nada sea empujado garganta abajo a nadie.

Después de escucharme, Lila dice que irá al Quilombo São José da Serra, en Valença (interior del estado de Río de Janeiro), por motivo de sus investigaciones. Me ofrecí a ir con ella, pues nuestras investigaciones

se asemejan, y yo necesitaba estar cerca de una profesora como Lila. Solo las profesoras soñadoras entienden a las profesoras soñadoras.

Lila y yo llegamos al quilombo a finales de la mañana de un sábado. Nos recibe Don Nelson. Al verlo, recordé los versos de *Oração ao tempo* [Oración al tiempo], de Caetano Veloso. Y canté en voz baja: “És um senhor tão bonito / Quanto a cara do meu filho” [“Eres un señor tan bonito / como la cara de mi hijo”]. Nuestro anfitrión es un hombre negro, sumamente gentil y encantador, como los contadores de historias. Al entrar en ese territorio, tengo la sensación de volver a casa. Todo en ese lugar me resulta muy familiar. No había nada allí que me produjera extrañeza.

Sin embargo, algo me dejó muy asombrada: todas las personas, absolutamente todas las personas del Quilombo São José, se parecían físicamente a mí. ¡Qué locura! Yo estaba en casa. ¡Esta es mi familia! Las niñas son idénticas a mí cuando tenía su edad. Éramos iguales en los detalles, desde las trenzas coloridas hasta la forma de las manos. Manos iguales a las de mi madre, mi padre y mis hermanos. Mi corazón sabía que yo y aquellos hermanos míos éramos semillas de un mismo baobab.

Olvidé por unos momentos a Lila, caminé en silencio por tierras quilombolas, intentando escuchar cosas que solo los pájaros y el viento saben. El quilombo estaba en silencio a causa del fallecimiento de Tía Tetê. No llegué a tiempo para recibir sus rezos ni comer su feijoada⁶ (frijolada). Caminando, me encontré con tres niñeces; me hablaron del Jequitibá⁷, guardián del quilombo, y del jongo⁸. Dijeron que tendría que volver después, porque mientras hubiera luto nadie podía acercarse al

6. La *feijoada* o “guiso de porotos” es un guiso de frijoles con carne de res y cerdo o pollo en algunos casos. El nombre *feijoada* se deriva de *feijão*, ‘frijol’ en portugués. Es uno de los platos típicos de la cocina brasileña (considerado como plato nacional), el cual fue introducido por los africanos esclavizados por los portugueses en Brasil. Fuente: <https://es.wikipedia.org/wiki/Feijoada> (N. de la T.)

7. Los jequitibás son árboles grandes originarios de Brasil. Pertenecen al género *Cariniana* y a la familia *Lecythidaceae*. La palabra *Jequitibá* proviene del idioma *Tupí* y significa «gigante del bosque». (N. de la T.)

8. El jongo es una danza, un género musical y una manifestación cultural de origen africano en Brasil, que influyó de manera decisiva en la formación de la samba y en la cultura popular brasileña en su conjunto. Según los *jongueiros*, el jongo es considerado el “abuelo” de la samba. Fuente: <https://es.wikipedia.org/wiki/Jongo> (N. de la T.)

Jequitibá. Así como yo y los mayores del quilombo, los tambores también guardaban silencio. Ese fin de semana no habría fogata ni jongo. Con timidez, Dandara, en la plenitud de sus 11 años, me enseñó a esperar. Aún no era tiempo de quitarme los zapatos y bailar descalza con mis hermanos jongueiros de la sierra.

Cuando terminaron los días de convivencia en el quilombo, le pregunté a Don Nelson cómo podía regresar para una estancia más larga; manifesté el deseo de escribir mi disertación desde una casita que vi desocupada en el territorio. Me despedí de Don Nelson y de su familia el 9 de julio de 2023. Dos días después, recibí de su parte una invitación para partir rumbo a Piauí, a un encuentro de comunidades alternativas, y durante el trayecto visitar algunas comunidades y poblados tradicionales. En un primer momento dije “no puedo”; serían veinte días para ir y volver de Río de Janeiro a Piauí en un autobús que tenía nombre y apellido: *Wiphala* Caravana Arcoíris por la Paz. Seducida por la posibilidad de una paz colorida, acepté la invitación.

*Adiós, cangoma⁹,
adiós.*

Adiós, cangoma, adiós.

Adiós, que yo me voy.

*Yo me voy, mi cangoma se queda
aquí, hasta otra hora.*

(Madre Zeferina, Quilombo São José da Serra)

WIPHALA,

FELICIDAD ONDULANTE AL VIENTO.

Invitación aceptada. Recibí orientaciones. Surgieron dudas. Soñé paisajes. Brotaron curiosidades. En un PDF destinado a los caravaneiros estaba escrito: trae un calzado resistente y cómodo. Mis chanclas

9. *Cangoma*: tambor de fiesta o fiesta de tambor. Canción de despedida.

para todas las ocasiones y mis zapatillas coloridas no cumplían con las exigencias. Necesitaba ir bien calzada. Compré el único calzado de senderismo que entraba en mi pie en la tienda. Llamé a Lenon, mi amigo con experiencia en rutas y viajes largos; le pregunté si la única bota que me servía era adecuada para tantos lugares por los que iba a pasar. Tras la aprobación de Lenon, seguí tranquila con la compra. Mis pies estarían protegidos durante el recorrido: esa era la única certeza que tenía.

Llegado el día del embarque, me arreglé como quien parte hacia una gran aventura. Salí de Río de Janeiro con una mochila prestada que me día casi mi altura y una tienda de campaña muy elegante, que compré junto con mi amiga Lila. Partí cargando en la espalda la felicidad de habitar y llevando en las manos mi casita de campo. El peso de la mochila estaba directamente relacionado con la falta de experiencia de la viajera y con el miedo a pasar frío y hambre. Decidí acompañar la expedición cinco días antes de que comenzara el viaje. Lila no fue conmigo: tenía un compromiso en Manaus.

Llegué al encuentro del *Wiphala* y sus tripulantes ya de noche. Dos hermosos hermanos quilombolas, Abaiomi y Diguinho, me recibieron. Los apodé Cosme y Damião, una pareja de ojos negros y corazón íntegro. Los chicos son hijos de Don Nelson. Los *ibejis*¹⁰ quilombolas pronto se convirtieron en mis grandes compañeros de viaje. Amigos. Hermanos. Guardianes durante todo el viaje. *Wiphala* nos llevaría a recorrer siete mil kilómetros, siguiendo este itinerario: Río de Janeiro y Valença (en el estado de Río de Janeiro); São Paulo y Ribeirão Preto (en el estado de São Paulo); Uberlândia (en el estado de Minas Gerais); Brasília (en el Distrito Federal); Alto Paraíso, Barreiras y Formosa do Río Preto (en el estado de Bahía); Altos (en el estado de Piauí); São Paulo; Río de Janeiro.

A duras penas lograba equilibrar sobre los hombros el peso de lo que creí esencial. Lo realmente esencial era partir. Gracias al *Wiphala*, no tuve que cargar con todo lo que llevaba durante las visitas y el montaje de los campamentos. *Wiphala*, mi base, me permitía caminar y acampar con pocas cosas.

Llamar al *Wiphala* “autobús” es un reduccionismo casi infame. Hay

10. *Ibejis*: según la narrativa tradicional africana, los *Ibejis* son Orishas gemelos. (N. de la T.)

quienes dicen que es una gran nave, un portal, un planeta habitable. En una descripción formal, *Wiphala* forma parte de la Caravana Arcoíris por la Paz y, por lo tanto, se trata de un punto de cultura itinerante¹¹, una ecovilla móvil, una pequeña tribu de guerreros arcoíris por la paz. Originada en México en 1996, con Alberto Ruz, la Caravana Arcoíris por la Paz ya ha recorrido 19 países de los continentes centro y sudamericano, realizando múltiples activaciones, compartiendo saberes, sentimientos y visiones de amor y sanación para la vida en la Tierra. La caravana está compuesta por cinco autobuses/ONG: BEIJA-FLOR; CARACOLA (caracol); LAGUILA (águila); MAZORCA (mazorca de maíz criollo); *WIPHALA* (bandera de los pueblos originarios de etnia *Aymara*).

La caravana se encuentra actualmente asentada en dos países: Brasil y México. En Brasil, Don Nelson es el guardián del *Wiphala*. A él le corresponde la conducción y la regencia de la familia arcoíris durante los viajes. Acompañé de muy cerca sus movimientos durante la expedición a Piauí. Para mí, el *Wiphala* fue una escuela de la vida, pluriversal, dinámica y generadora de posibilidades; y Don Nelson, mi gran maestro.

Wiphala

Wiphala lalalalaia

La gran nave va a partir

Don Nelson va a comandar

La gran nave es colorida

Llama la atención por donde pasa

(Cidadão da Mata)

11. Un centro cultural. Los “Pontos de Cultura” son proyectos artísticos y culturales financiados y respaldados institucionalmente por el Ministerio de Cultura de Brasil (MinC) y ejecutados por organizaciones gubernamentales o no gubernamentales. Su objetivo era llevar a cabo acciones con un impacto sociocultural en las comunidades. El “Ponto de Cultura” era la acción prioritaria y el elemento articulador entre las demás actividades del Programa Cultura Viva del MinC, que se interrumpió en 2016 debido a cambios políticos. (N. de la T.)

Una lágrima recorrió mi rostro; mis ojos, asombrados, permanecieron fijos en la ventana durante horas. Desde la caída de la noche hasta el amanecer, me interesaba mirar hacia afuera. Ver el paisaje cambiar ante mis ojos me mantenía ocupada. Estaba frente a mí misma, presa del miedo a volver demasiado cambiada. A medida que el paisaje se transformaba afuera, yo también cambiaba un poquito. Después de muchas horas despierta, me dormí con los ojos cansados de tanto mirar afuera. Tal vez estuviera huyendo de todo lo que sucedía dentro del autobús. Era la primera vez que viajaba con un grupo grande de personas. El silencio me tomó durante tres días.

Durante el silencio, hicimos una parada en São Paulo y la mayoría de los viajeros de la caravana subieron al *Wiphala*; entre ellos cuatro niñas acompañadas por sus tutores. Permanecí distante hasta que un niño se subió a mi regazo poco antes de llegar a Uberlândia. Un pequeño de casi tres años que viajaba con su madre me obligó a mirar hacia adentro.

– Caballo – dijo Theo.

La madre intentó traducir lo que el niño había dicho; la interrumpí:

– Caballo.

La comunicación desborda la fonética; los seres se comunican por vibración y vínculos. El niño, yo y el caballo. Otro mundo se creaba para mí. Cabalgamos kilómetros. Pasé muchas horas sin mirar afuera. Eran cuatro niñas, nueve adultos y un caballo de plástico viajando dentro del *Wiphala*. Entre las niñas, Lia, la única niña, hablaba poco, como yo.

Acostada, en silencio, otra lágrima recorrió mi rostro. Mis ojos ahora estaban cerrados. El niño repetía sin parar: “caballo”. Allí tuve la certeza de que no sería capaz de escribir mi informe de trabajo. Mi corazón galopaba lejos del sonido de las palabras del pequeño. Me dormí y soñé

12. Es una expresión difícil de traducir acuñada por Dedeu, una antigua estrella del fútbol de Sobral, Ceará, cuando jugaba en el Náutico de Recife. Un periodista recibió exactamente esta explicación de Dedeu por una de sus espectaculares jugadas: hice como que iba, no fui, y terminé «fuyendo» (en portugués, “fondo”, una inflexión inexistente del verbo “ir”, según la gramática). La expresión pronto pasó a formar parte del lenguaje de Piauí. (N. de la T.)

con la carretera. Desperté en la carretera. Lejos de todo, volví a fijar los ojos en la ventana.

Don Nelson, callado, parecía saberlo todo. Se adelantaba a los pensamientos y acciones del grupo. De él vienen las orientaciones, ajustes, consejos. En cada parada, nos recordaba:

– Quítense los zapatos al entrar en el autobús. Aquí es nuestra casa, no mantengan los pies calzados aquí dentro.

En algunos momentos tenía la sensación de que no hablaba de zapatos. No mantener los pies calzados era, como mínimo, ambiguo. Los ojos amables de Don Nelson activaban mi subjetividad. Y yo solo quería estar atenta y entregar un informe con información relevante.

Busqué la manera de acercarme a mis compañeros de viaje. Hice como la luz del sol: busqué rendijas, fisuras, huecos. Pequeños intersticios me permitieron establecer un contacto sutil con las personas adultas de la caravana. Llegamos a Alto Paraíso de Goiás. El barro rojo del camino invadió mis ojos, narinas, oídos, boca. Una densa nube de polvo rojo, levantada por las ruedas del autobús, enrojeció mi travesía. Allí me pregunté por el motivo de mis pensamientos compactados. ¿Cuándo dejé de ser partícula en movimiento? Deseé ser polvo levantado. Era la tierra llamándome a confiar en el movimiento de la vida.

Las rocas ancestrales de la chapada me acogieron; allí armé mi tienda cerca de un río. Nuestro primer campamento fue en el poblado de Moinho, en el corazón de la Chapada dos Veadeiros, a orillas del río Bartolomeu. Al caer la noche, cesaron las voces y traté de dormir en la negrura. El río habló toda la noche. Me esforcé por entender sus enigmas. Dejé de luchar con la razón; como las aguas, busqué el camino más fácil y fui goteando posibilidades. Allí cuestioné mi inmovilidad. ¿Cuándo me volví charco raso? Deseé ser y fluir como el río. Era el agua llamándome a correr y a desembocar en otro lugar.

Desperté en territorio sagrado, tierras de rocas muy antiguas. Algunas personas preguntaron si yo era *Kalunga*. La pregunta aún resuena en mí. *Kalunga* es el nombre del mayor territorio quilombola de Brasil, y está muy cerca de donde acampamos. ¿*Kalunga*, yo?

En la lengua *bantú*, la palabra *Kalunga* significa “lugar sagrado, de protección”. Soy semilla de un baobab distante. Fui plantada en la tierra.

Pero también soy tierra fértil. Habito la tierra y soy tierra habitada. Mi cuerpo es territorio. *Kalunga*, yo. La pregunta provocó el segundo despertar. Soy tierra habitada por sueños. Soy el sueño de mis ancestros y planto sueños que no serán cosechados por mí. Soy recordada por lo que me hizo desear ser profesora: construir caminos. Internamente, volví a caminar. Volví a cantar y a sonreír. Lia se paró frente a mí. Debe tener cuatro o cinco años. Rompí el silencio que me rodeaba. Parecía que la conversación no rendiría, pero rindió mucho.

LIA

¿NO PONES LOS PIES EN EL SUELO?

La niña movía los dedos de la mano para explicarme cómo escribía LIA.

– Hola, Veronica. Tú sabes mi nombre, ¿no? Lia: L; palito con puntito arriba; A.

Sabía mi nombre. Sonreí ante la sorpresa. Intenté deletrear mi nombre con gestos, siguiendo el método de Lia. A ella le pareció demasiado largo y dijo que mi nombre tenía muchas letras. Lia era tan pequeña como su nombre. Su voz era tan suavemente sonora como el trío de letras que la nombraba. Canté una ciranda y bailamos tímidamente. Otra Lia, la de Itamaracá¹³, nos acercaba. Yo conté una historia. Lia me contó varias. Le extrañaba que yo caminara todo el tiempo con los pies calzados.

– ¿No pones los pies en el suelo?

Quise decir tantas cosas en ese momento. La pregunta de la pequeña me abrió tantas posibilidades de respuesta! Sin embargo, solo respondí que tenía miedo de lastimarme los pies. Lia sonrió, parecía considerar tonto el miedo relatado. La niña se apresuró a cambiar de tema, sabía que yo era una de las personas que cocinaba durante el viaje y me trajo la receta de la sopita que hacía su madre. Una sopita

13. Maria Madalena Correia do Nascimento, conocida como Lia de Itamaracá, es una bailarina, compositora y cantante brasileña de ciranda. Se la considera la cirandeira más famosa de Brasil. Fuente: https://pt.wikipedia.org/wiki/Lia_de_Itamaracá (N. de la T.)

bien rica, según Lia. Alimentada por la generosidad de aquel encuentro, escribí mi primer registro: “Memoria y narrador – Recuerdos de casa y dominio tipológico”.

Lia avanzaba sobre el continuo tipológico con extrema naturalidad; al relatar los recuerdos de una “sopita bien rica”, oralidad y escritura se presentaban como prácticas discursivas que no compiten ni se disputan, por el contrario, se complementan. Podría escribir aquí la receta, pero dejaría fuera toda la demás información que el cuerpo de Lia me ofreció. Recé por Lia. Las escuelas han concentrado sus estudios especialmente en las producciones escritas, dando poca o ninguna atención a la oralidad. La infancia es silenciada, pues en la mayoría de nuestras escuelas la escritura aún relega a la oralidad. Muchos alumnos pierden, durante el proceso de escolarización, la fluidez de las ideas, la velocidad de producción y el control de la comunicación. La alfabetización es solo un brazo del letramiento; debería ser un facilitador y no un freno comunicativo.

La conversación terminó a causa de un baño de río. Yo seguí saboreando la sopita de palabras, gestos, miradas y sonrisas. Los últimos veinte años de mi vida los compartí con niñeces de Río de Janeiro y de São Paulo – proyectos sociales; escuelas, casas de acogida, iglesias. La vida de Lia no correspondía a la realidad de la mayoría de las niñeces con las que conviví. La realidad de una persona pobre y periférica puede ser cruel. Camino al sertón de Piauí encontré niñeces desbordantes de vida y cargando muchas quejas de la vida escolar.

La palabra escuela proviene del griego *scholé* y significa “lugar de ocio”. Quienes tenían dinero y tiempo libre, en la Grecia Antigua, se reunían en la escuela para pensar y reflexionar sobre la vida. En Brasil, una serie de palabras y expresiones utilizadas en el universo escolar me provocan extrañeza: trabajo para casa, deberes, asignatura, plan de estudios, programa de contenidos. El ocio y la reflexión no están oficialmente en el programa; tampoco lo están el vínculo, el encuentro y la vida. Hablar de economía doméstica, planificación familiar y profesión no es reflexionar sobre la vida. Nada es más limitante que entrenar a un individuo para desempeñar un papel en la sociedad.

La infancia debería ser el lugar de las posibilidades. Nuestra sociedad está tan enferma que los adultos llenan todo el tiempo libre de las

niñeces con actividades extraescolares. Una niña a la que le gusta bailar es automáticamente matriculada en una clase de danza. A partir de ahí, los movimientos adquieren nombre y un patrón de ejecución. Ella solo quería bailar; ahora necesita cumplir con las agendas de la escuela y participar en muestras de danza que no estaban en sus planes. Es extremadamente violenta esta idea de dar utilidad a los gustos y a las habilidades de una persona todo el tiempo. Así como es violento sentar a alguien durante cuatro horas y media, cinco veces por semana, para escuchar, copiar y reproducir lo que fue escuchado y anotado.

JANAÍNA

EN LA CARRETERA

Después de seis días de viaje, paramos en la carretera camino a Teresina en Piauí para desayunar. Detrás del mostrador de la cafetería, los ojos redondos de Janaína brillaban al ver tanta gente bajando del autobús colorido. Hija del propietario del establecimiento, la niña de 12 años creó una estrategia para preguntarnos qué éramos y que estábamos haciendo allí. Yo le hablo sobre el *Wiphala*, sobre que soy profesora y empezamos a hablar sobre la escuela.

– Hace calor, no tiene puerta y faltan muchos profesores – Janaína fue taxativa.

Eran tantas las quejas que empezamos a hablar de posibilidades. No era su responsabilidad, pero dejarla en el desencanto era muy incómodo. Cogimos papel y bolígrafo y escribimos: derechos, posibilidades y sueños. Ante mí emergía una figura poderosa. Janaína es la propia fuerza creativa y creadora. Dejé que hablase, pues sabía más que yo. Enfrente de ella, me callé. Vi al padre orgulloso de la hija que tiene.

Una maestra más que encontré en el camino, Janaína. Ella vive en el tiempo del mito, aún no tiene angustia de la certeza. Eso la hace viva, tan viva que me emociona. Había en ella una memoria profunda, formada por sus ancestras. Una memoria que no estaba en los libros, sino dormida sobre la piel de un sujeto colectivo. Con solo 12 años, ella diserta sobre

cómo debería ser la escuela en su región y en cualquier lugar parecido a su ciudad. Sobre su escuela, considera:

– La escuela no es buena para el alumnado. Falta profesorado. Hace mucho calor. La merienda es galleta con zumo. ¿Será que de ahí saldrán buenas personas estudiantes?

*Si es en el campo de la educación
donde empiezas a fabricar al sujeto, a construir
a la persona, ¿qué tipo de gente
pretenden formar nuestras escuelas?*

(Ailton Krenak)

Las escuelas de la periferia de Brasil se parecen mucho en la falta de infraestructura, comparten dificultades muy básicas. Ningún niño merece verse obligado a pasar horas soportando el calor, esperando a un docente que no llegará y comiendo meriendas o comidas que ningún político comería (y puede empeorar: Brasil podría tener un déficit de 235 mil docentes en la educación básica en 2040, según el Instituto Semesp). No hace falta recorrer siete mil kilómetros para encontrar un aula sin condiciones dignas para niños y docentes. No hace falta ir lejos: basta con poner los pies en el suelo de cualquier escuela real para ver cuánto nos queda por hacer por nuestras infancias.

Las escuelas relucientes, hechas para un puñado de personas con las mismas características socioeconómicas, no son reales. Son escuelas modelo, escuelas soñadas por educadores y niños. Muchos educadores y docentes que producen materiales o escriben sobre educación no pisan el suelo de escuelas reales desde hace años, o nunca lo han pisado. Es importante soñar un modelo de educación, pero es en la práctica cotidiana, con vínculos bien establecidos, donde reside la posibilidad de construir cambios. Janaína representa a los niños en situación de vulnerabilidad social que conocí: infancias heridas emocionalmente, incluso por el abandono del Estado, que buscan recuperar la confianza en sí mismas para poder realizar sus sueños.

Casi al mediodía, el sol se imponía con tal fuerza que me asusté. Estaba en la ciudad de Altos, en Piauí; a 26 kilómetros de allí se encontraba instalado el campamento de la caravana. Ese día me desperté antes del amanecer y tomé el único autobús que sale de la zona rural hacia la ciudad. Era sábado, día de feria en el mercado central. Los sábados, los productores locales se reúnen en el mercado para vender un poco de todo. Llegué temprano, antes de que abriera el comercio callejero. Fui directo a la feria. Vi a la vida despertar en la ciudad mientras comía pastel y tomaba jugo de caña. Ese día caminé de tienda en tienda para curiosar sobre la vida y los habitantes del lugar. Tomé un helado y regresé a la plaza de la iglesia, donde tomaría el autobús de vuelta al campamento.

Noemilly y Naemilly esperaban el mismo autobús que yo.

– Te ví – dijo Noemilly.

– Yo también te vi – dijo Naemilly.

Explicaron que me habían visto bien temprano en el mismo autobús que ellas. Yo no las vi, porque eran muy pequeñas y, cuando subí al transporte, ya estaban sentadas con su madre y su abuela.

Noemilly Maria se presenta llena de solemnidad:

– N; o; e; m; i; l; l; y. Noemilly Maria es mi nombre.

¡Nunca había encontrado tantas niñas tan dadas a deletrear!

– El nombre de mi hermana es Naemilly Cristina. Vivimos en Retiro, ciudad de Altos, Piauí.

Correspondí a la solemnidad diciendo mi nombre y de dónde venía. Expliqué que estaba pasando las vacaciones en Altos. Como referencia, mencioné la casa de doña Francisca y don Assis. Ellas corrieron hacia su madre a contar la novedad. Volvieron y repitieron varias veces que les había gustado mi cabello, que no sabían cómo se llamaba, pero que era muy bonito.

Les expliqué sobre las rastas. Les mostré en el móvil fotos de otras personas con el mismo peinado. Se pusieron a hablar sin parar sobre las cosas de la ciudad. Les pregunté por la escuela y la conversación se interrumpió. Las niñas habían participado en la fiesta de la escuela con

danzas típicas de Piauí. Sin mucha explicación, surgió el espectáculo. Empezaron a bailar.

Me senté, dejando la parte alta de la acera para el dúo. Cantaron y bailaron dos canciones completas. Sin saber cómo retribuir el regalo, me levanté para aplaudir de pie. Enseguida me tomaron de las manos. Formamos un círculo. Noemilly dijo que era la preparación para el “Balandê Baião” y el “*Cavalo Piancó*”¹⁴. Al principio no entendí lo que decían, pero me dispuse a captar la coreografía de inmediato. Cuando me di cuenta, estaba cantando, bailando y trotando como un caballo cojo. Dije:

– Caballo cojo.

Ellas respondieron:

– Piancó¹⁵.

Nuestros cuerpos se entendían. Noemilly coordinaba toda la coreografía con la mirada. Seis años de edad y mucha memoria en el cuerpo. Se comportaba como una vieja jongueira y regía la ronda con los cantos. El primer verso era de Noemilly; Naemilly y yo hacíamos el coro. Todo estaba allí: la ronda, la hoguera, la reza, la fuerza de la vida.

Cavalo Piancó

Ahora mi caballo es piancó

Ahora mi caballo es piancó

Ahora mi caballo es piancó

Bonito para vagar

Compañero, cambia el par

Él corre, corre y golpea el pie

Él corre, corre y golpea el pie

Va a parar en el Canindé

*Va a parar en el Canindé*¹⁶

14. El *Balandê Baião* y el *Cavalo Piancó* son danzas centenarias que mantienen vivas tradiciones africanas en Piauí. El primer registro de estas danzas data de 1887, en la obra del escritor Jonas Batista.

15. *Piancó* significa “cojo”; el movimiento básico de la danza simula el trote de un caballo cojo.

16. El Canindé es un río brasileño que baña el estado de Piauí.

No sé cuánto tiempo pasamos bailando en medio de la calle, en el centro de la ciudad de Altos. Bajo el sol de casi mediodía, bailábamos mientras el autobús no llegaba. El tiempo es una magnitud física considerada una de las dimensiones del universo. Mi universo fue expandido por aquellas pequeñas hermanas. Tenían poco tiempo de vida, 6 y 4 años, pero llevaban dentro y fuera una constelación de seres. El *balandê* me hizo girar sobre mi propio eje. Soleándome. Fui moviendo el aire a mi alrededor y expandiéndome. La memoria de mi cuerpo se activó. Mis pequeñas maestras sonreían y cantaban más fuerte. “*Ajádi agbón li o nsoro si*” es un proverbio *yorubá*¹⁷ que llevo tatuado en el brazo. Significa “el dique fue roto”. La primera vez que sentí temblar los muros que me contenían, las hermanas aún no habían nacido. En aquella ocasión había tanta agua represada en mí que muchas cosas fueron arrastradas por la ruptura del dique. Noemilly y Naemilly me trajeron la sensación de una nueva ruptura.

Llegó el autobús.

– Voy a sentarme contigo – dijo una, y luego la otra.

Antes de sentarme, pregunté si había bailado bien. Como respuesta, escuché:

– Sí... bailaste. Pero tenías que estar sin botas, con los pies en el suelo.

Volví a la zona rural de Altos y lo primero que hice fue guardar las botas. La Tierra me llamaba. Subí un sendero por el monte para ver el sol ponerse. En el camino, espinas de tucum¹⁸, muchas piedras sueltas y escorpiones. Estaba decidida a caminar con los pies en el suelo. Incluso sabiendo que volvería con la oscuridad de la noche, confié en la Tierra. Al estar descalza, pisé el suelo con suavidad; sentí que emergía una nueva forma de estar en el mundo y en la escuela. Bajé del mirador desde donde vi ponerse el sol y fui al borde de la hoguera del campamento.

Algunos músicos tocaban y cantaban en la ronda. Bailé con los pies en el suelo durante horas, giré hasta entrada de la noche. *Ciranda, coco*

17. Los *yorubas* son uno de los grupos étnicos africanos cuyo patrimonio cultural e identidad son reconocibles en América. Fuente: https://es.wikipedia.org/wiki/Pueblo_yoruba (N. de la T.)

18. Palma nativa de la Amazonia, la cuenca del Orinoco y de Trinidad y Tobago. En Venezuela, recibe los nombres comunes de cumare, alcoyure o acaguru. Fuente: https://es.wikipedia.org/wiki/Astrocaryum_aculeatum (N. de la T.)

y *cavalo piancó*. La niña que fui apareció ante las llamas, al sonido de los tambores, queriendo jugar con la noche. Cuidé de que jugara en paz. En paz me despedí del círculo y fui a dormir a mi tienda.

A la mañana siguiente desmonté la tienda y levanté el campamento. Era hora de volver a casa. Una ronda de despedida fue convocada en la mañana del último día.

Lia participó junto a su padre en el círculo de despedida. Me preguntó si me quedaría en São Paulo con ella. Respondí:

– No me quedaré en São Paulo. Volveré a mi casa. Yo vivo en Rio¹⁹.

Lia me miró a los ojos y preguntó:

– ¿Al fondo?

Al principio, no entendía la pregunta... Después, consideré la posibilidad.

19. Reducción de “Yo vivo en la ciudad de Río de Janeiro”.



Site Caravana: <https://www.caravanaarcoiris.org/> Instagram: [@caravanaarcoiris](https://www.instagram.com/caravanaarcoiris)

Veronica Pinheiro coordina la Comunidad Selvagem y el Grupo Crianças Selvagem desde hace seis meses. Artista callejera, *brincante* y profesora de la Red Pública Municipal de Río de Janeiro desde 2012, investiga la enseñanza del arte para las relaciones étnico-raciales como estudiante del Programa de Posgrado en Artes de la Universidade do Estado do Rio de Janeiro (UERJ). En los últimos años actuó como coordinadora en el Núcleo de Arte Grande Otelo, Unidad de Extensión Educativa de la Secretaría Municipal de Educación de Río de Janeiro para la Enseñanza del Arte. Licenciada en Literaturas, se especializó en Lectura y Producción de Texto en la Educación Primaria; a partir de entonces, como funcionaria de la Secretaría de Educación del Municipio de Río de Janeiro, dinamizó los debates sobre las Orientaciones Curriculares de Lengua Portuguesa en los Encuentros Regionales de la Secretaría de Educación, fue directora de la Escuela Municipal de Aplicación Carioca Escultor Leão Velloso y como articuladora del movimiento Entre Jovens – una alianza del Instituto Unibanco con la SME-Río para el avance continuo de la educación pública.

TRADUCCIÓN
SARA SINAÍ

Sara Sináí (Portimão, 1996) es artista, educadora y gestora cultural, formada en Sociología y Antropología, con una práctica vinculada a las artes visuales, el cuerpo y la mediación cultural. Su trabajo explora la intersección entre lo individual y lo colectivo, activando espacios de encuentro, diálogo y experimentación. Colabora puntualmente con Selvagem en la traducción de textos pedagógicos, ampliando el acceso a estos materiales. A Sara le gusta nadar y pasar tiempo con la gente que ama.

REVISIÓN
GABRIELA BELLEG

Nacida en São Paulo, actuó en el ámbito de la danza contemporánea en Europa hasta 2014. Desde hace una década vive en Brasil de forma nómada. En la actualidad, sus principales campos de actuación son la masoterapia, la traducción y un método que combina astrología y numerología. Integra la comunidad Selvagem en los grupos de traducción de inglés y español.

La realización integral de los Cuadernos Selvagem está a cargo del equipo de Selvagem, bajo la coordinación editorial de Anna Dantes. La coordinación de la traducción al español está a cargo de Daniela Ruiz. Este cuaderno, junto con muchos otros, está disponible en el sitio web de Selvagem en portugués y en varios otros idiomas. Más información en www.selvagemciclo.org.br.

Todo lo que Selvagem crea es para ser compartido de forma gratuita. Puedes utilizar libremente este material, total o parcialmente, siempre que se otorgue crédito a la Asociación Selvagem y se mantenga el acceso libre. Para permisos adicionales, escribe a contato@selvagemciclo.org.br.

Nos alegra profundamente seguir el recorrido de los materiales de Selvagem por el mundo. Por eso, si utilizas este material de alguna forma, te invitamos también a compartir registros a través del correo anterior.

Si deseas contribuir, te invitamos a apoyar financieramente a las Escuelas Vivas, una red de cinco centros de formación dedicados a la transmisión de culturas y saberes indígenas: www.selvagemciclo.org.br/apoie.

¡Gracias!

Cuadernos SELVAGEM
Publicación digital
de Dantes Editora
Biosfera, 2023
Traducción al español, 2026
ISBN: 978-65-84440-34-0

